

Salvat en traginera

Ignacio Escárcega

MÈXIC

Al sur de la Ciudad de México hay un lugar muy popular para los paseos, Xochimilco, por cierto patrimonio de la Humanidad, el único que conserva una de las vías claves de comunicación de la cultura azteca, con sus canales acuíferos. Los viajeros universales le llaman la «Venecia mexicana», los defensores del orgullo patrio dicen más bien que la perla del Adriático es el «Xochimilco italiano». El caso es que uno llega a una especie de muelle y aborda una embarcación rectangular con una mesa al centro y una techumbre para protegerse del sol; se llaman trajineras y son conducidas por una persona con una pértiga. Allí, en un día espléndido, fuimos de paseo con mi familia y un invitado, Ricard. En esa «expedición» uno puede comer y beber de un menú, que, en otras embarcaciones, navega al lado, luego pedir canciones rancheras, si uno está herido, boleros con un trío, si acaso enamorado, o sones jarochos, si cree que la vida se puede celebrar.

Por lo pronto en esa embarcación el capitán Salvat y nosotros la pasamos muy bien, la degustación de alimentos y bebidas —que es más rústica que higiénica—,

no tuvo reparos para él y salió indemne de la famosa «venganza de Moctezuma».

A Ricard lo había conocido en 1992, en alguna de las actividades del llamado «Quinto centenario» y a partir de allí desarrollamos una amistad que no era constante pero sí muy cálida. El antiguo asistente de Piscator aceptó leer mi tesis de Licenciatura que justo versaba sobre el padre del teatro épico y me acercó a distintos directores, críticos e investigadores del teatro catalán, entre ellos el imprescindible Pep Montanyès, a quien siempre recuerdo con mucho cariño.

Salvat era de los pocos especialistas europeos interesados en el teatro mexicano, lo conocía bien, tanto por ser un lector continuo como un espectador atento cuando tenía la oportunidad de viajar a México, o cuando pudo llevar artistas y producciones al Festival de Sitges, que organizó durante varios años. Era devoto de la revista *Tramoya* y de las ediciones de *Escenología*. La última vez que vino a México fue en noviembre de 2007, con motivo de la Muestra Nacional de Teatro que se desarrolló en Zacatecas, a ese evento dedicó un espléndido volumen



■ Una trajinera en Xochimilco, la «Venecia mexicana».
(Arxiu Assaig de Teatre.)

triple de *Assaig de Teatre* (números 62-63-64), en donde aparecen entrevistas a una cantidad impresionante de creadores escénicos, periodistas de teatro e investigadores.

Muchas cosas se podían aprender de Salvat, entre las notables: su capacidad para indagar en el otro, escuchar como una manera de entender. En ese número observa a sus entrevistados y, a la manera de un pugilista experto, consigue que bajen la guardia, la coraza protectora de intelectuales intensos y profundos. Sin lugar a dudas, este recurso del diálogo periodístico y los contenidos que explora

son el aspecto más valioso de esa publicación.

También fue un entusiasta colaborador de los Encuentros de Escuelas Superiores de Teatro que se hacían en el Centro Nacional de las Artes, asistió varias veces, armado siempre con su libreta, en la que escribía todo el tiempo con tenacidad. Gracias a él vino a presentarse un grupo de teatro catalán con una versión de *El rey mago*, de Elena Garro, dirigida por Pedro Gurrula. De esa experiencia se juntaron jóvenes de tres grupos diversos para hacer, años después, un montaje binacional sobre la dignidad y el exilio, *Los niños de*

Morelia, de Rascón Banda, dirigida por Mauricio Jiménez, que con gran éxito se presentó en México y en Barcelona entre 2006 y 2008.

El cine mexicano de la época de oro lo enamoró antes que el propio país, no había mayor belleza que la de Dolores del Río ni mayor talento plástico que el de Gabriel Figueroa. Encontraba a Cantinflas vivo a cada momento, en el habla pero también en la situación, por ejemplo en un reportaje televisivo de hace años que le divirtió mucho en el cual se registraba una redada en el peligroso barrio de la colonia Buenos Aires de la Ciudad de México. Una señora reclamaba voz en cuello a la cámara: «¡Por favor, no se los lleven, somos rateros pero honrados!».

Ricard también era un enamorado de la palabra, su sonido y musicalidad, y, como buen catalán, un defensor de la misma. Por ejemplo, compartía la indignación de los productores mexicanos de la película *Kilómetro 31* porque los exhibidores en España habían decidido doblar el castellano mexicano al peninsular. En cambio, quedó fascinado con un obsequio, la edición bilingüe de *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett, en francés y en náhuatl, que incluye un disco compacto con la grabación en ese idioma a cargo de los nahuatlats de la zona de Milpa Alta.

El último sueño que comenzó a tejer con México era un proyecto que se llamaba Pont Blau, puente azul; pretendía generar acciones de intercambio en el área formativa entre teatristas de ambas regiones. En realidad ya han comenzado a darse, cada vez se conocen más en el país la nuevas propuestas de los direc-

tores catalanes, aunque allá se conoce aún poco de las mexicanas, el puente es todavía precario, apenas una vereda, una «veredita». Pero él comenzó a trabajar en ella, poniendo migajas que orientan la ida y la vuelta.

La última vez que lo vi fue en mayo de 2008 con motivo de la presentación en Barcelona del mencionado volumen de su revista. Estuvimos juntos también en un homenaje al poeta Marcos Ana, quien leyó algunos versos: «Si salgo un día a la vida/ mi casa no tendrá llaves:/ siempre abierta, como el mar,/ el sol y el aire». En esa cena, con lo más granado del medio cultural barcelonés, era posible observar a Salvat como pez en el agua, atento, profundamente cortés, afable en la conversación, un experto en el ejercicio de degustar una cena y una conversación. Es una lástima que en el pasado Festival Cervantino, dedicado a Catalunya, no haya estado presente.

Constante en sus amistades, en cada visita a México buscaba a sus viejos conocidos y regresaba al hotel con paquetes interminables de libros y revistas. ¿Dónde cabían luego tantos? Pues los viajes que hacía eran a una infinidad de lugares, así que si cada afecto fuera una página, tendríamos un legajo impresionante, pero en el caso de Ricard Salvat mejor llamarle Cuaderno, derivación de Cuate, a su vez derivación de Amigo. Cuaderno de doble raya, o sea un amigo de los buenos.

Por eso, en este número que festeja su vida y logros, quiero recordarlo disfrutando de la comida y la bebida, relajado, tratando de escudriñar el horizonte desde la proa de una trajinera.